

ANDREW WAWN

## Vikingos victorianos: George Webbe Dasent y la *Jómsvíkinga saga*<sup>1</sup>

(traducción de Viola Miglio)

Los textos islandeses medievales disfrutaron de una vigorosa segunda vida en Europa mucho tiempo después que dejó de existir la época del *commonwealth* medieval islandés que les dio nacimiento. Si comparamos las modalidades de esta resurrección, se verá que en ningún otro país europeo se puede encontrar algo parecido a Inglaterra durante los años de la Ilustración (Wawn 1981, 1982, 1989, 1991a). En estos extraños y oscuros textos de la Edad Media noreuropea, ¿qué era lo que tenía tal efecto sobre los lectores británicos del siglo XVIII tardío y del XIX temprano? ¿Por qué a una refinada dama del siglo XVIII como Anna Seward de Lichfield le pareció tan propio publicar adaptaciones perifrásticas de poemas sobre feroces dioses nórdicos o sobre heroínas de saga sedientas de sangre (Omberg 1976, *passim*)? ¿Por qué caballeros ingleses educados en Edimburgo se exponían de buena gana a los peligros del viaje a Islandia y a las incomodidades de los desplazamientos en el interior de ese país?, y ¿por qué, a su regreso a casa, trataban de

<sup>1</sup> Una versión anterior más breve de este artículo fue presentada en el noveno congreso bianual de la British Association of Scandinavian Studies en Norwich, mayo de 1990. Se publicó en las actas del congreso en una edición de Janet Garton (Norwich, 1992, pp. 301-15).

colmar las bibliotecas con cultas ediciones de las sagas producidas en Copenhague, textos islandeses con traducción latina en la página del frente —como en el caso de mi copia (comprada en Reykjavík hace una década) de la edición de *Víga-Glúms saga* de Guðmundur Pétursson (Copenhague, 1787), que contiene una marca que identifica su dueño de principios del siglo XIX como John Thomas Stanley, de Alderley Edge en Cheshire, quien había estudiado en Edimburgo y viajó a Islandia en 1789 (West 1970-6; Wawn 1981); el mentor de Stanley, Henry Holland, explorador de Islandia por lo menos en dos ocasiones, poseía también la misma edición de *Víga-Glúms saga* (Wawn 1987, p. 34 y 45)? ¿Por qué las listas de préstamos de libros de la Bristol Library Society en el siglo XVIII tardío revelan una larga cola de lectores para el primer volumen (Copenhague, 1787) de la edición de la Edda poética —entre ellos, Wordsworth y (particularmente) Coleridge esperaban su turno con impaciencia (Wawn 1987, p.16, p. 62)? Y ¿por qué los habitantes de Edimburgo en la década siguiente a 1825 solían frecuentar las clases de islandés que daba el malhumorado pero extraordinario filólogo islandés Þorleifur Guðmundsson Repp, de estancia en aquella ciudad, donde, por unos diez años, fue asistente encargado de libros de la Advocates' Library (Wawn 1991c)?

Preguntas relacionadas con éstas surgen cuando se considera la recepción de la literatura nórdica en la Inglaterra victoriana. Si la Gran Bretaña de la Ilustración había desarrollado con mucho interés el gusto para la poesía édica y las inscripciones rúnicas, esto fue nada en comparación con la acogida calurosa que muchos lectores victorianos le dieron a tales textos. Tenemos, por ejemplo, el testimonio de la correspondencia de Guðbrandur Vigfússon. En 1898 se publicó una colección de ensayos (McTurk y Wawn 1989) para el centenario de la muerte de Vigfússon, el mayor responsable del gran diccionario que lleva su nombre, *Icelandic-English Dictionary* (1874). Hasta la fecha no hay nada mejor. Los años que Vigfússon pasó en Oxford no

fueron felices —fue recibido con condescendencia altanera y defensiva por los académicos locales— aunque un consuelo fue la evidencia de un vivaz entusiasmo, a veces hasta demasiado insistente, por las costumbres y la literatura islandesa revelado en las cartas que Guðbrandur recibía de los islandófilos de toda Gran Bretaña.

Tal correspondencia (el material en este párrafo deriva del manuscrito del Bodleian MS Eng. Misc.d.131; véase también Wawn 1990, 1992) seguramente retrasó parte del trabajo sobre el diccionario, pero ganó así para los islandeses una red de amistades a lo largo de las islas británicas: el decano de Chichester quería saber los nombres de los días de la semana en islandés; Sir Edmund Head quería que Guðbrandur revisara el primer esbozo de su traducción de *Víga-Glúms saga* (Head 1866) y que colaborase con él en una edición de la saga para Clarendon Press, que de hecho publicó una edición de la misma unos setenta años después de la sugerencia de Head; Ernest Savage en la Isla de Man escribió para quejarse de una propuesta para que se aumentara el número de los miembros del Tynwald<sup>2</sup> (rompiendo así una venerable tradición vikinga de esta antigua asamblea) —esperaba que una carta de Guðbrandur pudiese prevenir tal cambio; John Sephton, anteriormente director del Liverpool College y recién contratado como profesor de islandés por la Universidad de Liverpool, escribió comunicándole el éxito de una conferencia que había dado sobre cosmología nórdica; un miembro de un grupo de lectura en islandés antiguo en las islas Shetlands escribió lamentando la partida del miembro más importante del grupo: aquel que poseía una copia del indispensable diccionario de Vigfússon; Charlotte Sidgewick, una escritora de libros para niños sobre países europeos que residía en Oxford, quería dedicar a Islan-

<sup>2</sup> El Tynwald es una asamblea de representantes de la Isla de Man cuya institución se remonta a los años en que la isla, así como muchas otras regiones de las islas británicas, estaban bajo el mando de los escandinavos (n.d.t.).

dia uno de sus libros y pedía ayuda a Guðbrandur; George Silk, con los ecos de Wagner vibrándole en los oídos, intentaba escribir una opera sobre los vikingos en la Gran Bretaña: como ya había completado el libreto, del cual incluía unos ejemplos de versos (terriblemente malos), pedía que Guðbrandur lo ayudara a encontrar un compositor adecuado; Garth Wilkinson escribió preguntando a Guðbrandur si le podría mandar cierta cantidad de lava del Hekla, ya que ¡masticarla había resultado muy positivo para la dentadura de su caballo! Todas estas cartas y muchas más de contenido parecido de más de 150 correspondientes explican en parte por qué Vigfússon se tardó en completar el diccionario, más de lo que la Clarendon Press hubiera querido.

Pero, ¿por qué todo este entusiasmo entre los correspondientes británicos del siglo XIX? ¿Qué había en los vikingos que atraía tanto a los victorianos? Algunas respuestas son fáciles: en toda la Gran Bretaña, los anticuarios locales y las sociedades arqueológicas trabajaban incesantemente y con entusiasmo sobre restos vikingos; viajar a Islandia se había vuelto significativamente más fácil: después de 1855 no hubo casi año en que no se organizara una nueva expedición, a la cual seguía la publicación de un nuevo libro de viajes (véase, por ejemplo, Dufferin 1857; Ross Browne 1862; Baring-Gould 1863; [Clifford] 1865); las traducciones de las sagas al inglés se volvían más comunes; era más fácil conseguir los textos de las sagas en islandés; y para el aficionado con las mejores intenciones que quisiera ocuparse de la lengua islandesa antigua de manera sistemática, estaba no sólo el diccionario de Vigfússon, sino también el *Icelandic Prose Reader* (1879), que Guðbrandur produjo con el irascible y extravagante estudioso galés G. E. J. Powell.

El representante ideal para estas actividades fue el Rev. Sabine Baring-Gould. Viajó a Islandia en 1862, publicó una relación de sus viajes extremadamente detallada en 1863, repleta de pedazos de traducción de la saga de Grettir Ásmundarson, a

medida que seguía sus pasos en las frías moradas de sus años de proscripción; al regresar, Baring-Gould fue docente en la escuela pública de Hurstpierpoint en Sussex, donde, durante sus paseos los domingos en la tarde, solía relatar la saga de Grettir a sus jóvenes y (entonces) atentos encargados; las varias generaciones de tales alumnos lo convencieron finalmente de que publicara su versión de la saga, *Grettir the outlaw: a story of Iceland* (1890; nueva edición 1895). Hasta las ilustraciones de este volumen sirven para identificar algunas de las cualidades que los victorianos encontraban y admiraban en la antigüedad nórdica: la secuencia de dibujos representa una especie de paradigma de comportamiento para la juventud victoriana, un *rite de passage* ejemplar para cualquier alumno modelo en la exclusiva *Rugby School* del Dr. Arnold: se trata exactamente del tipo de libro que constituía el perfecto premio escolar.<sup>3</sup> El joven y rubio Grettir, con la cabeza descubierta, por ejemplo, emana virtud moral y buena salud física mientras se confronta con varios enemigos con yelmos cornudos y de aspecto poco placentero, con un paisaje de edificios que deben poco a Stöng y más a Atenas y aún más a Balmoral, la residencia favorita de la reina Victoria en Escocia.

Una respuesta victoriana más preocupada y menos segura a las antigüedades vikingas se nota en las ilustraciones de la traducción de *Gísli saga Súrssonar* (1866). Las figuras son más domésticas, menos evidentemente heroicas que el Grettir de Baring-Gould, el trasfondo recuerda aún más Balmoral, y Gísli Súrsson es idéntico al marido de Victoria, el príncipe Alberto. Gísli es el centro moral de cada escena, mientras su mujer y su familia lo miran con respetuosa adoración, sin embargo el desterrado valiente tiene una extraña mirada vacía y atormentada. Estos dibujos de Gísli aparecen en una traducción del (su-

<sup>3</sup> David Evans (University College, Dublín) me informó que se trata de un libro favorito de la infancia del distinguido estudioso islandés Gabriel Turville-Petre.

puestamente) más grande islandesista de la Inglaterra victoriana, Sir (desde 1876) George Webbe Dasent, y sugieren la posibilidad de que la relación entre la Inglaterra victoriana y lo nórdico antiguo pudiese ser más compleja y espinosa de lo que se pudiera suponer por la alegre y muscular cristiandad de Baring-Gould. En este ensayo quisiera investigar esta respuesta victoriana más compleja a los vikingos, sin emplear las traducciones de Dasent del islandés, usando el testimonio de un trabajo mucho menos conocido, *The Vikings of the Baltic* (1875), adaptación en forma de novela en tres volúmenes hecha por Dasent en 1875 de una de las sagas islandesas más antiguas, *Jómsvíkinga saga*.

Empezaré por dos escenas de la saga original. En la primera, hay un banquete en la residencia del rey danés Sveinn Haraldsson; como en muchas otras escenas de banquetes en las sagas islandesas, el calor superficial de la fiesta es diluido por una irritante sensación de tensión y de malestar. En realidad el calor festivo era poco para empezar, ya que en este caso se trataba de un banquete de funeral, organizado para destacar la sucesión al trono del joven rey Sveinn, a la muerte de su padre, el rey Haraldr Gormsson alcanzado en un ojo por una flecha, disparada por un guerrero vikingo de buen tino, de nombre Pálna-Tóki, el padre adoptivo de Sveinn. El banquete fúnebre para Harald no fue organizado por Sveinn hasta dos veranos después de la muerte de su padre; Pálna-Tóki, padrino de Sveinn y asesino de Haraldr, había ignorado las anteriores invitaciones. A la tercera invitación, y con el murmullo de la creciente irritación de Sveinn en los oídos, el reacio Pálna-Tóki llegó de mala gana. Tras un intercambio de frías formalidades, el vino empezó a circular y el hermano ilegítimo de Pálna-Tóki, Fjölñir, comenzó a cuchichear, haciendo que el rostro del rey se volviera "rojo como la sangre"; se mandó a llamar un paje que, siguiendo las instrucciones de Fjölñir, enseñó una flecha de oro a los que estaban en el banquete hasta que alguno la reconociera como suya; Pálna-Tóki, justamente, la reconoció; cuando

Sveinn le preguntó cuándo fue la última vez en que éste la viera, Pálna-Tóki contestó sin titubear: “Ek skilðumk við á bogastrengnum þá er ek skaut í gegnum feðr þinn” (Blake 1962, p. 16) [Me separé de ella por medio de la cuerda del arco cuando la disparé contra tu padre]. Los hombres de Sveinn intentaron detener al asesino, que logró escapar con su leal compañero Björn inn brezki.

Mal acogidos y ahuyentados en Dinamarca, Pálna-Tóki y Björn navegaron hacia la tierra de los Wend y consiguieron la amistad de rey Búrisleifr, quien les dio tierra a cambio de la promesa de Pálna-Tóki que defendería su reino. La tierra que se les concedió se encontraba en un lugar llamado Jóm y pronto los vikingos establecieron allí una fortaleza, que llamaron Jómsborg. Fue en Jómsborg donde Pálna-Tóki estableció un código de leyes completo que gobernaría la vida del cuerpo audaz de los vikingos de Jómsborg (Blake 1962, pp.17-18): nadie podía tener más de cincuenta años o menos de dieciocho; los futuros miembros deberían ser juzgados por mérito, no por parentesco; nadie debería huir ante un enemigo de igual fuerza; cada uno debería vengar al otro como si fuera su hermano; nadie debería tener miedo o demostrarlo a pesar de lo grave que fuera la situación; cualquier cosa de valor ganada durante las expediciones de pillaje se debería compartir entre todos —quien no lo hiciera sería expulsado; nadie debería fomentar riñas; nadie difundiría las noticias exceptuado Pálna-Tóki; no habría mujeres residentes en la fortaleza; las ausencias de Jómsborg no superarían los tres días; cualquier guerrero miembro de Jómsborg que fuera descubierto como culpable de haber asesinado algún pariente de otro miembro existente sería obligado a someterse al juicio de Pálna-Tóki.

El espíritu de este código habría sonado muy familiar a muchos oídos victorianos. Después de todo, mucho de esto recordaba al Dr. Thomas Arnold, la *Rugby School* y la famosa novela acerca de ella, *Tom Brown's Schooldays*: todos para uno y uno para todos, un código de honor inflexible, el culto de la vi-

rilidad; sólo faltaban los baños fríos y las impactantes escenas de flagelación ritual. ¿Y por qué no acordarse de la misma familia de Arnold?, ya que el fino (y muy subestimado) poema de Matthew Arnold (hijo de Thomas), *Balder Dead*, revela el interés de la familia por la literatura nórdica; debajo de su superficie miltónica (y keatsiana) el poema de Arnold es un embriónico pretennysonianiano *Idylls of the Gods*, con el mismo sentido elegíaco de una nobleza espléndida pero en decadencia, el mismo sentido de una hermandad destruida desde adentro.

Había pocos signos de decadente nobleza entre los Jómsviking al principio. Debían formar una tropa de élite, con su código diseñado para dar una mano a los procesos darwinianos de selección natural y de la sobrevivencia del más apto. Los resultados de este robusto régimen se debían medir tanto en si se muere como si se vive y se gana —“haciendo un buen final”, como lo expresarían los escritores isabelinos. Así fue al final de la saga, en la climática batalla de Hjörungavágr, para que Sigvaldi, el sucesor de Pálna-Tóki en el liderazgo de Jómsborg, pudiera echar de Noruega al odiado Jarl Hákon. La promesa de expulsar a Hákon de Noruega la había hecho Sigvaldi en otro banquete fúnebre, esta vez en ocasión de la muerte de su padre, pero, como siempre, las palabras de ayer no son los hechos de hoy. La batalla fue desastrosa y muchos de los de Jómsborg fueron capturados; sin embargo, aunque su entrenamiento en Jómsborg no les aseguró la victoria militar, sí les enseñó ciertamente a enfrentarse a la derrota con dignidad. En esta segunda escena que quiero destacar, los vikingos de Jóm, ahora cautivos de Hákon y de su hijo Eiríkr, se preparan para una ejecución sumaria, atados juntos uno tras otro con una sola cuerda. Hay ecos del final de la anglosajona *Batalla de Maldon*, cuando se llevan al frente, uno por uno, diez vikingos, quienes, después de que se los reta a propósito de su miedo a la muerte y se les da tiempo para decir palabras que expresen su comprobado valor, son decapitados cruelmente. Entre aquellos que la muerte no había llamado aún, se encontraba el nieto de Pálna-

Tóki, Vagn, un adolescente tenaz y valiente; sobreviviría también su infatigable viejo padrino y amigo, el galés Björn. Vagn estaba enamorado de la hija del verdugo Þorkell, sediento de sangre; la sospecha de los deseos amorosos de Vagn (Blake 1962, p. 42) hacia su hija enfurecían a Þorkell, que se lanzó adelante con la espada levantada para atacar a Vagn; Björn le metió una zancadilla a Vagn en el mismo momento, de manera que la espada del verdugo falló y cortó la cuerda que detenía al joven héroe vikingo; Vagn tomó la espada y mató a Þorkell. El malhumorado Hákon estaba furioso, pero su hijo, el más cortés Eiríkr, admirando el espíritu y los recursos de los dos cautivos, intervino y los invitó a que se unieran a su tropa de guerreros.

Dos escenas, entonces: una que describe la fundación de los vikingos de Jónsborg y su exigente código de vida; la otra que representa ese código vikingo bajo la presión más fuerte: el estoico valor de los condenados y la sobrevivencia del más fuerte por medio de la oportuna rapidez mental. Pálna-Tóki, el padre fundador, estaba muerto desde hace muchos años; pero en la transmisión de *drengskapr* (nobleza de ánimo) desde el padre fundador a los ansiosos sucesores; desde el abuelo paterno hasta el nieto Vagn, no se habían mostrado signos de degeneración. Por lo contrario: en el caso de Vagn fue ganar la membresía al grupo de Jónsborg a la edad ilegalmente temprana de doce años lo que marcó el éxito del nieto, que antes se juzgaba como un niño torpe; mientras que su voluntad de hierro y su valor hacia lo que parecía ser el fin seguro de su vida, era la quintaesencia de la tradición de Jónsborg.

Aún menos eran los signos de decadencia en la rama materna de la familia. El abuelo materno de Vagn había sido un hombre de fuerza y resolución no comprometidas, mientras el tío Búi constituía para su joven sobrino un paradigma ejemplar de virtudes vikingas: era taciturno, orgulloso, fuerte y feo (invariablemente un buen signo); en Jónsborg había sido fiel a su jefe Sigvaldi; peleó ferozmente en la última batalla de mar; mantuvo un comportamiento digno aun cuando le cortaron el

labio inferior: "Versna mun nú hinni dönsku ðykkja at kyssa oss í Borgundarhólmi" (Blake 1962, p. 37) [Besarnos no será ahora tan agradable para la mujer danesa de Bornholm]. Pero las danesas de Bornholm nunca tuvieron la posibilidad de confirmarlo; Búi fue atacado de nuevo y perdió las dos manos, cortadas por las muñecas; en ese momento se tiró al mar llevando aquellos cofres de oro, con las manijas encajadas en los muñones sangrantes, cofres cuyo valor les había hecho ganar anteriormente en la saga y que los acompañaban a todas partes. Lo último que oímos de Búi es su transformación en una serpiente para yacer sobre el tesoro en el fondo del mar (Blake 1962, p. 43), una especie de destilación enroscada y misantrópica de la anticuada rectitud vikinga que no cede a compromisos.

No hay señales de degeneración, entonces, en ninguna de las dos ramas de la familia de Pálna-Tóki y, de hecho, sólo una sugerencia de decadencia en uno de los vikingos de Jómsborg. Se trata de Sigvaldi, el sucesor de Pálna-Tóki como jefe de Jómsborg, en la batalla de Hjörungavágr. Como las etapas tempranas del conflicto han salido mal para el hostil y desagradable Hákon, decide adoptar medidas extremas; desembarca en la ribera y sacrifica su hijo a la diosa bruja Þorgerðr Hölgabrúðr (Blake 1962, p. 36). Los efectos malignos son inmediatos. Los cielos se oscurecen, desgarrados por el trueno y el relámpago; los hombres de Jómsborg comprensiblemente se preocupan. Sigvaldi decide escapar: había jurado pelear con valor contra hombres, no contra los poderes infernales de la brujería. Esta retirada estratégica no fue bien recibida por los vikingos más duros como Vagn, Búi y Björn. Tampoco lo es por su mujer Ástríðr, más tarde, cuando Sigvaldi regresa. Ella lava el cuerpo intacto de su marido diciendo lacónicamente: "Verit get ek nökkura þá hafa í Jómsvíkinga bardaga er rautfóttara belg muni þaðan haft hafa. Ok þykki mér sjá bezt til fallin at hirða í hveiti" (Blake 1962, p. 43), [Sospecho que algunos de los vikingos de Jóm se han llevado la piel más llena de agujeros. Ésta me

parece que sea mejor tratarla con harina de trigo], antes de anunciarle que quería frotarle el cuerpo con harina integral, que las mujeres usaban tradicionalmente para mantener blanca su piel. Sin embargo, nada de esto aparece al final de la saga; se menciona que Sigvaldi sobrevivió y gobernó sabiamente muchos territorios.

Resumiendo estas dos escenas de una saga medieval mucho más larga, quise destacar la noción de degeneración, o más bien su relativa ausencia, para introducir la perspectiva victoriana de Dasent sobre los vikingos de Jónsborg en *The Vikings of the Baltic*. Aunque esta adaptación represente en muchos aspectos uno de los productos más extraños del entusiasmo victoriano por los vikingos, el hecho de que su autor sobresaliera en el campo garantizó a la obra una ansiosa recepción inicial. Para 1875 la reputación de Dasent como hombre de letras escandinavas era formidable: había desarrollado un buen conocimiento del islandés durante su servicio diplomático en Estocolmo (Dasent 1903, pp. 10-11; Wawn 1991b); había estado dos veces en Islandia (en 1861 y 1862; véase [Clifford] 1865) y viajado por toda Escandinavia; ya en 1843 había traducido historias de los dioses nórdicos de la Edda en prosa; también se ocupó de la primera traducción al inglés (Dasent 1903) de algunos de los cuentos folklóricos nórdicos de la colección de Asbjörnsen y Moe, volumen que contiene el ensayo introductorio de extraordinario alcance sobre la interpretación y la diseminación de los cuentos folklóricos. Entonces tomó en sus manos el diccionario del islandés empezado por Richard Cleasby, tan necesario y tan esperado. Dasent encontró por medio de su red de amigos y conocidos islandeses, un filólogo confiable, Guðbrandur Vigfússon y lo trajo a Inglaterra para arreglar y completar el montón de páginas amarillentas (Benedeikz 1989). Dasent había traducido también la saga de Gísli Súrsson, como ya notamos; sobre todo, en 1861, había publicado lo que, para muchos,<sup>4</sup> es aún la

<sup>4</sup> Quien se destacó por disentir fue J. A. Carlyle en una carta bastante im-

mejor traducción de la mayor saga islandesa, *The saga of burnt Njal*. Esta notable versión, costosamente producida con el apoyo de los bien dispuestos editores escoceses David Douglas y William Edmonston, procuró a Dasent una amplia recepción entusiasta entre los estudiosos, sin mencionar una presentación de un antiguo cuerno para beber por parte del gobierno danés (Wawn 1991b, pp. 89-90); aseguró también la popularidad y el prestigio duradero de las sagas islandesas entre los lectores victorianos.

No parece que *The Vikings of the Baltic* de Dasent haya gozado nunca de la misma estima de la cual gozaron sus traducciones de las sagas; de hecho se trata de una obra leída raramente y por lo general desconocida. Preparando este artículo, descubrí que la sección de préstamos en Boston Spa de la British Library sólo tiene los volúmenes 2 y 3; significativamente fue la biblioteca de la Literary and Philosophical Society de Newcastle-upon-Tyne que me pudo proveer el primer volumen. Es significativo porque en las primeras décadas del siglo pasado Newcastle era uno de los pocos centros británicos importantes que se ocupaban de la antigüedad nórdica: su Society Antiquarian contaba con Finnur Magnússon entre sus miembros honorarios, Ralph Carr Elliott mantenía correspondencia (en latín) regularmente con el notable Þorleifur Repp, asistente encargado de libros en la Advocates' Library por la turbulenta década posterior a 1826 (Wawn 1991c). Y fue también a través de la figura de George Atkinson que la ciudad de Newcastle contribuyó de manera interesante a la lista creciente de aquellos viajeros a Islandia del temprano periodo victoriano (Seaton 1989); además, para 1830, John Adamson y John Bowring habían sido nombrados miembros honorarios de la rama de Co-

piadosa a Guðbrandur Vigfússon el día de navidad de 1874: "Dasent sería incapaz de producir una buena edición o traducción de cualquier cosa, aunque da lo mejor de sí y lo hace de buena fe. No me gusta su vulgar traducción de *Njáls saga* que está tan clara en el original y detestó el *slang* que Dasent introdujo en su versión" (Bodleian MS Eng. Misc. d. 131).

penhague de Hið íslenska bókmenntafélag [la sociedad literaria islandesa] (H B 1916, p. 169). Hasta la fecha continúa el interés en Newcastle; para mi argumento hubiera podido ser más adecuado y afirmar que la adaptación de *Jómsvíkinga saga* de Dasent no se lee en la actualidad, pero noté con sorpresa que la biblioteca de la Sociedad Literaria y Filosófica prestó el primer volumen de *The Vikings of the Baltic* cuatro veces en 1988, seis en 1989 y para septiembre de 1990 yo era el quinto lector.

Nadie en la Inglaterra victoriana era más adecuado, filológica y temperamentalmente, para traducir o adaptar *Jómsvíkinga saga* que George Dasent. Él sobresale entre todos los otros británicos de la época como experto en literatura islandesa y cultura vikinga. Claro está que Dasent no era el primer británico que intentó redescubrir el pasado vikingo de la Gran Bretaña. Desde mediados del siglo XVIII, desatado por *Five Pieces of Runic Poetry translated from the Icelandic language* del obispo Percy (1763), que a su vez se debía a los comienzos de lo que sería el culto europeo de Ossian, apareció un caudal de traducciones, buenas y malas, adaptaciones libres y pesadas distorsiones de la poesía édica. En cada decoroso volumen, las flechas silbaban, las lanzas volaban, las armaduras resonaban, las valquirias rondaban, cuervos negros como la noche se sumergían hasta sus picos en la sangre humeante de los muertos en batalla, así como sumergidos de manera igualmente ávida estaban los lectores de la Gran Bretaña de la Ilustración en la algarabía literaria de coplas y de cansada dicción postmiltónica (Farley 1903; Omberg 1976).

Dos cosas faltaban. Pocas personas conocían las sagas y menos británicos sabían algo de islandés. Entonces llegó Dasent, que había aprendido la lengua de un islandés en Estocolmo en los tempranos años de la década de 1840, mientras trabajaba como secretario del enviado británico; habiendo aprendido islandés él mismo, intentó inmediatamente enseñarlo a otros lectores y hablantes ingleses: tradujo al inglés (Dasent 1843) un libro pionero de gramática islandesa, publicado por primera vez

en 1818, del gran filólogo danés Rasmus Rask. En el prefacio, Dasent se lanza inmediatamente a afirmar la importancia del idioma islandés para los lectores británicos, con el tono de un convencido partidario de la *intelligentsia* nacional de Coleridge, en su celoso afán de proteger y cultivar la lengua inglesa (Dowling 1986, pp. 29-37). La posición de Dasent es clara: la lengua inglesa está degenerando rápidamente, vocabulario “bárbaro y vulgar” se encuentra por doquier en “novelas, anales y cierta clase de periódicos” (Dasent 1843, p. iv). El remedio es directo: mejor enseñanza del inglés en las escuelas y un requisito fundamental para una pedagogía exitosa es que el profesor consciente —“en breve, un hombre que haga su trabajo diariamente, sin tomarlo sólo como si fuera un empleo cualquiera” (ibid., p. vi)— debería conocer bien el anglosajón, el anglonormando, el inglés antiguo, medio y moderno, el escandinavo antiguo y alemán temprano. Al escandinavo antiguo se le otorga una posición especialmente privilegiada:

sin mencionar el estudio del escandinavo antiguo con el propósito de acercarse a su magnífica literatura y considerándolo apenas como un accesorio para el estudiante de inglés, será una enorme ventaja, no sólo para remontarse al origen de palabras y expresiones, sino que aún más para aclarar puntos oscuros de nuestra historia temprana... No puedo imaginar que sea posible escribir bien una *Historia del periodo anglosajón* sin un completo conocimiento de la literatura escandinava antigua (ibid., p. vii).

La filología nórdica podía recordar a los victorianos una de las raíces fundamentales del inglés; no aprovecharlo sería una forma de suicidio nacional; así lo describió Friedrich Schlegel, traducido al inglés en 1818 por J. G. Lockhart, yerno del más grande islandófilo de la ilustración escocesa, Sir Walter Scott:

Siempre considero el cuidado de la lengua nacional una misión sagrada y un importante privilegio de las clases más altas de la sociedad. Cada hombre de letras debería tener como prioridad

constante el preservar su lengua pura e íntegra, hablarla —de ser posible— en toda su belleza y perfección [...] Una nación cuya lengua se vuelve ruda y bárbara, debe encontrarse al borde del barbarismo con respecto a todo lo demás. Una nación que permite la ruina de su lengua se deshace de la última mitad de su independencia intelectual y afirma su voluntad de cesar de existir (Schlegel 1818, II 57-8).

Dasent estaba completamente de acuerdo. Apoyaba tenazmente el trabajo filológico de los hermanos Grimm y sus implicaciones (Aarsleff 1983); era amigo de Jacob Grimm, a quien había conocido en Alemania (Dasent 1903, 11). Los Grimm habían refutado nociones previamente aceptadas como la de un desarrollo vertical, descendente (por no decir degenerante) desde el latín y el griego antiguo hasta el inglés moderno, proponiendo alternativamente una relación horizontal: el griego antiguo y el latín se considerarían como pesados parientes, no como los respetados padres de las lenguas modernas. El origen de todas estas lenguas se remontaría a una lengua indoeuropea común, cuya forma sobreviviente sería el sánscrito. Por demasiado tiempo, según Dasent, “los tiranos gemelos [griego y latín] gobernaron sobre todos los dialectos de la tierra con una vara pedante” (Dasent 1903, xviii). Ya no se podría aguantar tal tiranía. Este cambio masivo en la percepción ayudó a legitimar el estudio, hasta entonces poco de moda, de textos y lenguas antiguas como el anglosajón y el escandinavo antiguo:

Nadie puede ser libre sin autoestima, no se puede respetar hasta que no se conozca y no puede conocerse hasta que mire a su alrededor más en casa y menos en el extranjero [...] Procuremos, entonces, que nuestra filología sea más casera que foránea; que sea más bien miope que sólo verse de lejos; que se conozca a sí misma, antes de que afirme conocer otras (Dasent 1873, I, 41).

Otras cosas derivaban de la respuesta de Dasent a las revelaciones filológicas de Rask, de los Grimm y otros. Sólo mencionaré una. Dasent aceptó la idea que la raza común indoeuropea

con su lengua indoeuropea común se hubiera dispersado en diferentes direcciones, un grupo hacia el este y el otro hacia el oeste. Direcciones diferentes; temperamentos diferentes. El occidental se desarrolló como un individuo fuerte, aguantador y enérgico —“salía y hacía”; el oriental “se sentaba [...] y pensaba” (Dasent 1903, xxv). Actuando de esta manera, él y sus compañeros se volvieron “pasivos, abstractos, no progresivos [...] inamovibles”, (ibid., xxviii), “indiferentes a la vida práctica [...] sumergidos en la especulación” (ibid., xxix-xxx). Había, según Dasent, algo insalubre en la “atmósfera agobiante de las ideas transcendentales”, que hacía a la mente hindú parecida a una “planta de invernadero” si se comparaba con la robustez de la mente occidental, “como la encina, que crece expuesta al viento y al clima, hundiendo sus raíces en suelo real y extendiendo sus ramas en aire real, bajo las estrellas y el sol del cielo” (ibid., xxvii). Estas dos ramas de la una vez única raza se habían ido separando, geográfica y temperamentalmente, pero la historia y la política de los siglos XVIII y XIX las habían juntado de nuevo. El imperio británico, con su energía bucanera, su iniciativa y oportunismo (así lo veía Dasent), había colonizado la India; como resultado, las dos razas —o más bien las dos ramas de una misma lejana raza— ahora se enfrentaban otra vez, ya no como primitivas tribus hermanas, sino como patrón y servidor, como conquistador y conquistado. Dasent veía en el imperio británico la prueba de la sobrevivencia del más apto social y políticamente: lo veía y le gustaba. A fin de cuentas, Dasent había nacido en la aparente prosperidad colonial de las Indias Occidentales, antes de que la emancipación de los esclavos causara problemas financieros a las posesiones de su padre, lo que indujo a la familia a regresar a Inglaterra (Dasent 1903, *Memoir*, 5-7); las vicisitudes de la familia de Dasent en las Indias Occidentales tienen un paralelo en las de Sir Thomas Bertram al principio de *Mansfield Park* de Jane Austen. La inestabilidad de los orígenes coloniales del propio Dasent no disminuía el placer que probaba por la ironía racial que hacía

de contrapunto a los triunfos coloniales en el subcontinente indio, como comprueban sus reflexiones acerca de la sublevación india de mediados de siglo:

el soldado escocés de los Highlands, que traspasa con su bayoneta el corazón de un sublevado Sepoy de casta alta [en la rebelión de 1856], no se imagina que su tez pálida y su pelo rojo, y aquella cara oscura con sus rizos negros de cuervo, provienen ambos de un ancestro común en Asia Central, hace muchos, muchos siglos (Dasent 1903, xxviii).

Dasent no era el único en expresar tales sentimientos darwinianos entre los entusiastas por lo escandinavo antiguo en la Inglaterra victoriana. Los 'Remarks on Bishop Percy's Preface' de I. A. Blackwell en una edición revisada de *Northern Antiquities* tienen un tono aún más flameante.

el sajón [...] ahora gobierna con poder incontrolado sobre esa antigua tierra, de donde su herencia le fue transmitida originalmente y debe impartir allí, a sus hermanos hindúes, una civilización cuyas semillas habían sido plantadas por sus comunes ancestros, en un periodo en que la vasta barrera montañosa relucía aún de un fulgor mítico, atravesando la oscuridad de la canosa antigüedad (Blackwell 1873, 45).

Mi identificación de Dasent con el darwinismo no es casual. Dasent pasó los veranos de 1861 y 1862 viajando en Islandia; un relato vivaz de sus viajes fue publicado bajo pseudónimo en 1865 por uno de sus compañeros de viaje, Charles Clifford. Tanto Dasent como sus otros cuatro compañeros son descritos vívidamente, pero se identifican sólo con apodos. El de Dasent era Darwin ([Clifford] 1865, 3-4 *passim*), algo de extrema actualidad, ya que *El origen de las especies* de Charles Darwin se había publicado sólo en 1859. En la descripción, Dasent, recorriendo los lugares de las sagas se presenta como una figura exagerada, excitable, impresionable, culto, que recita de memoria fragmentos del texto de la saga, una inagotable enciclopedia

de la antigüedad islandesa. Disfrutaba de la virtual identidad de la lengua islandesa antigua y de la moderna: la lengua más 'apta' había sobrevivido en la condición más pura, al contrario de las lenguas hibridizadas de la tierra firme europea; también le gustaba que la sobrevivencia de la lengua pura hubiera favorecido la preservación y la accesibilidad de la literatura islandesa antigua, la literatura 'más adecuada' de la Europa medieval. Las citas y lecciones de Dasent, inagotables y —para sus compañeros— pesadas, eran prueba evidente de esa sobrevivencia. No hay que sorprenderse si lo llamaban Darwin.

Mientras estaba en Islandia, Dasent se quejaba de la decadencia del antiguo *alþingi*; no se mencionan los esfuerzos de Jón Sigurðsson y de otros para lograr su restauración (Aðalgeir Kristjánsson 1972). La afirmación realmente darwiniana de Dasent, sin embargo, no era que el verdadero gobierno vikingo hubiera decaído en Islandia, sino que hubiese sobrevivido en la Gran Bretaña, en la Isla de Man y en Westminster: "de ellos [los vikingos] derivamos nuestro bien más precioso, el autogobierno" ([Clifford] 1865, 13).

El buen gobierno no era la única cualidad que presentara aspectos darwinianos de evolución y sobrevivencia en su precario progreso desde la Europa vikinga hasta la Gran Bretaña victoriana. En los antiguos vikingos había

un elemento de progreso, una vivacidad y energía unidas a resistencia y perseverancia que ninguna otra raza europea poseía [...] en la Europa central y occidental, dondequiera que hubiese comercio o pillaje, dondequiera que flotase quilla o amarrase un ancla, dondequiera que soplaran vientos o se revolcaran olas, estos valiosos piratas mostraban rasgos justos pero terribles. (Dasent 1858, 166, 176).

Dasent veía a los colonizadores del imperio británico de los siglos XVIII y XIX de la misma manera:

Ellos [los vikingos] eran como Inglaterra en el siglo XIX: adelantada por 50 años ante el resto del mundo con sus maquilado-

ras e industrias —y por 20 años con sus ferrocarriles. Ellos [los vikingos] eran primeros en la carrera hacia la civilización y el progreso; cuando comenzaron antes que los demás lo hubieran pensado. No sorprende que ambos ganaran (Dasent 1873, I 247).

Y ¿cómo se habían establecido tales cualidades emprendedoras vikingas en la sangre de los ingleses? La respuesta era: a través de las incursiones vikingas en la Gran Bretaña anglosajona. El antiguo celta, siempre una figura odiada en la demonología de Dasent (como para Ritson y Pinkerton antes de él), había sido moreno, servil y amante de las ciudades; habían sido vencidos por los anglosajones, que no amaban las ciudades —“preferían oír la alondra cantar que chillar el ratón” (ibid., I 3). A su vez, los anglosajones se habían vuelto obtusos y perezosos —“la Inglaterra anglosajona se había vuelto demasiado comfortable”— abriendo paso, de tal manera, a los invasores vikingos que arrebataron a Edward el Confesor, el rey pío, pasivo y subyugado por los curas, que según Dasent era como uno de esos orientales que no “salía y hacía”, sino que prefería “sentarse a pensar” (Dasent 1873, I 198-243). Los vikingos aportaron una “infusión de sangre nórdica en sus [las de la Inglaterra anglosajona] venas amodorradas” (Dasent 1858, 166). Cuando a su vez, los normandos conquistaron Inglaterra, se trataba de los descendientes continentales del vikingo Göngu-Hrólfr (Dasent 1873, I 328), cuya cruda energía vikinga era “magníficamente mejorada por su cruce con la cepa romana” (ibid., I 243). Lo que fascinaba a Dasent en todo esto era, de nuevo, la idea darwiniana que sólo las razas más aptas sobreviven en “la batalla diaria de la vida [...] aquella larga lucha interminable que pone raza contra raza, no con la espada en la mano, sino que por medio de *cerebro, voluntad y sensaciones*” (ibid., I 3). El sajón había derrotado al celta, el vikingo al sajón, el normando al sajón-vikingo; y ahora, a mediados del siglo XIX, los sucesores británicos imperiales de esta tradición sajona, vikinga y normanda, habían derrotado y colonizado

buena parte del mundo. Así se concebía la enseñanza política de las sagas en la Gran Bretaña del siglo XIX.

Sin embargo, cabía una posibilidad de limitar el sentimiento triunfal según el cual los victorianos modernos representaban la emanación de un pasado vikingo glorioso, así como había un límite al supuestamente inagotable optimismo de Dasent. Las glorias vikingas seguramente estimulaban a Dasent; sin embargo, como otros victorianos de mediados de siglo, parece haber sido atraído por la idea de la lobreguez vikinga. Sin duda, se encuentra en Dasent una especie de 'esquizofrenia' intelectual y emocional que sus amigos reconocieron entonces:

Tenía altura y fuerzas hercúleas, con su negra barba larga hasta la cintura, se parecía a un antiguo vikingo y a veces pienso que él mismo se sintiera como tal. De hecho, estaba tan sumergido en el espíritu de la antigüedad, que en su pecho coexistía un continuo antagonismo entre pasado y presente, o, debería mejor decir, entre lo imaginario y lo real. Era dos caballeros a la vez [...] En los hechos opacos era un ciudadano excelente, dueño de una casa, pagaba sus impuestos, era un marido muy atento y buen padre de familia; pero en el sueño, en la fantasía [...] era un *berserker*, un pirata nórdico que surcaba los mares en su barco con pico de dragón, sonando su alabarda fiel sobre los yelmos de los enemigos, dedicado a la matanza, al hurto y al pillaje, gratificando así un loable gusto por la aventura. Me temo que prefiriese el sueño glorioso a la sobria realidad. Creo que internamente sentía vergüenza por su propia respetabilidad ([Clifford] 1865, 3-4).

La 'sobria realidad' tenía que abrazar (la palabra favorita de William Morris, *embrace*) el sueño 'hosco' tanto como el 'glorioso'. En términos darwinianos, las razas son crecientes y menguantes —aun aquellas descendientes de los vikingos; la dominancia sólo podía ser el fruto de 'aquella larga e interminable lucha', y ¿quién sabría si las semillas de la decadencia victoriana no estaban ya sembradas y germinando, que la lucha victoriana no hubiese ya disminuido, si no acabado del todo?

Las afirmaciones de vigorosa virilidad victoriana, muy evidentes en la superficie de las obras de Dasent, no podían encubrir completamente el miedo constante de la desintegración de aquella sociedad virilmente vigorosa, aun en un periodo en el cual el sol no parecía ponerse en su imperio. El sentido de lo lóbrego latente en Dasent lo llevó ciertamente hacia la mitología nórdica que, afirma, “lleva consigo ese presentimiento melancólico de la disolución que se ha vuelto una característica de la vida moderna” (Dasent 1903, lxxi). Se trata de un comentario impactante y revelador, ya que en plena Gran Bretaña victoriana parece que una predilección por la antigua literatura nórdica y un ‘presentimiento melancólico de disolución moderna’ fueran siempre de la mano. Los paralelismos entre el código de Jónsborg y la escuela privada del Dr. Arnold se han mencionado arriba; y fue Matthew Arnold, el poeta de *Balder Dead*, quien también expresó en el poema *Dover Beach* su propio ‘presentimiento melancólico’ de disolución victoriana, mientras recuerda el “bramido largo y melancólico” de la retirada del mar de la fe de las costas de Bretaña.

Mencionaré aquí brevemente tres de los lóbregos ‘presentimientos’ de Dasent: primero, afirmaba que mientras hubo más crimen en la Inglaterra vikinga que en la victoriana, hubo también menos vicio (Dasent 1858, 204); segundo, los vikingos consideraban a sus mujeres de manera más equitativa y liberal que la Gran Bretaña del siglo XIX (ibid., 212); tercero, a pesar de que la religión de los vikingos era una religión falsa, por lo menos los nórdicos antiguos (*Northmen*)<sup>5</sup> creían en ella, “lo cual es más de lo que todos los que profesan la fe verdadera pueden [ahora] decir” (ibid., 213) —una observación muy al estilo de la ‘retirada del mar de la fe’. Una cuarta afirmación requiere de más comentario. Dasent trata mucho de familias,

<sup>5</sup> Dasent los llamaba *Northmen* como una manera de resistencia de la literatura islandesa antigua por los modernos *Norsemen/Norwegians*. Se ocupó mucho del asunto en la correspondencia con Grímur Thomsen en la época de la publicación de su traducción de *Brennu-Njáls saga* (Wawn 1991b).

herencia y sucesión. Para Dasent, la ley moderna había estúpidamente interferido con el proceso darwiniano de selección natural. La legislación contemporánea había prescrito el punto en el cual un hombre llega a la mayoría de edad —sin embargo en Jónsborg, código o no, como se mencionaba anteriormente a propósito del precoz Vagn, “un hombre llegaba a la mayoría de edad cuando estaba listo para hacer el trabajo de un hombre, tan pronto como pudiese blandir su espada o templar su arco” (ibid., 212). Más importante aún, la ley victoriana, estúpidamente (según Dasent) intentaba asegurar y garantizar la sucesión aun para el no apto, para el imbécil congénito, o para carretadas de inadecuados para la vida. La amistad de Dasent con John Delane, el largo periodo (1854-1870) como editor del *Times* (Dasent, *Memoir*, 1903, 15-21) lo destacan como un hombre de tendencias liberales y de inclinación reformista, como solían ser los entusiastas británicos de la antigüedad nórdica a lo largo de todo el siglo anterior (Wawn 1981): de todas maneras, como se muestra en las siguientes afirmaciones, aunque no fuera un conservador, su liberalismo era de carácter robusto y animoso:

Hoy en día no nos detenemos a preguntar si el infante es deforme o tullido. Entre nosotros una vieja casa se quedará de pie sobre un soporte derecho o sobre uno torcido. Pero en Islandia, en el siglo diez, como en todas las ramas de aquella gran familia, sólo a los niños sanos se los dejaba vivir. Los deformes, siendo un carga para ellos mismos, para sus amigos y la sociedad, eran destruidos dejándolos a merced de los elementos [...] En esta vejez del mundo, la ley nos guía de la mano, como si hubieramos caído en una segunda niñez [...] para la incapacidad, aquella época [vikinga] no tenía piedad. Ningún ‘décimo transmisor de cara estúpida’ se habría tolerado entonces sólo porque uno de sus antepasados, generaciones atrás, había sido un hombre de mérito (Dasent 1858, 211-12).

No por casualidad Dasent era atraído especialmente por armas famosas como el hacha encorvada de Skarphéðinn en

*Brennu-Njáls saga*; Dasent había importunado inmoderadamente a Vigfússon y a Grímur Thomsen para que le dieran los detalles más finos sobre la forma de tal arma (Wawn 1991b, 84). Para Dasent el conflicto heroico significaba tomar y esgrimir un arma para abatir a un enemigo; esto era mucho más noble que arrojar lanzas o vulgares piedras. Una espada a la mano era un arma digna —era una medida y una emanación del “valor personal [que] no tenía igual en ninguna astuta invención” (Dasent 1858, 174). Luchar con una espada era un método de selección natural no comprometido por alguna moderna ley de sucesión de tipo *dirigiste*; la única ley de sucesión vikinga consistía en quien mejor usaba el arma. A la mejor, para Dasent, se trataba de otro “melancólico presentimiento de disolución [victoriana]” el hecho de que demasiados de los gobernantes contemporáneos no hubiesen nunca blandido la espada (literal o metafóricamente) —ni lo pudiesen hacer nunca. No sorprende que, en *The Vikings of the Baltic*, Dasent escogió adaptar y modernizar una saga islandesa cuyo rasgo estructural principal es una serie de escenas de banquetes paralelos en los cuales un hijo asume formalmente las responsabilidades de un padre muerto, escenas que por definición destacan las dos posibilidades de continuidad o disolución de la familia o del reino.

Todavía queda un rasgo de la mente victoriana, una combinación más de triunfalismo superficial y disolución latente que apuntala la versión de Dasent de *Jómsvíkinga saga*; se trata de la filología victoriana. A primera vista, el nexos entre la nueva filología y los ‘presentimientos melancólicos’ de Dasent no aparece inmediatamente a la percepción. Habían sido, después de todo, las revelaciones y el espíritu de la nueva filología que había legitimizado intelectualmente el estudio serio y organizado de la lengua y de la literatura nórdica; había estimulado a Dasent a leer las sagas, aunque también lo había llevado a traducir la *Edda* en prosa de Snorri Sturluson de la cual, recordémoslo, derivaban los ‘presentimientos melancólicos’ de Dasent. A nivel más profundo, sin embargo, la nueva filología no

habilitaba sólo a un lector agudo a identificar los presentimientos melancólicos de una época pasada; se volvió un factor significativo al generar los presentimientos melancólicos de la época victoriana.

Tres factores contribuyeron. Primero, muchos filólogos románticos del siglo XIX creían que en las lenguas nacionales individuales podía escucharse todavía la distintiva voz de 'el pueblo' —la *volksstimme* (Dowling, trad. Donaldson, 1850, 43). Así, el optimista 1839 podía escribir que "la lengua es la apariencia externa del intelecto de las naciones: su lengua es su intelecto y su intelecto es su lengua; no podemos identificar las dos de manera suficiente" (Humboldt, trad. de Donaldson, 1850, 43). Eso era seguramente lo que creía Dasent. Le gustaba llamar la atención hacia la influencia positiva que habían tenido el vocabulario y la fonología nórdica sobre el inglés; durante el desarrollo del inglés, el dialecto sajón occidental había sido subyugado en buena parte por el de Northumbria, con, según Dasent, resultados totalmente benéficos en la pronunciación inglesa moderna:

Por lo que se refiere a nuestra pronunciación, ciertamente parece ser mucho más nórdica que sajona. Hay algunas señoras que de hecho hablan de [...] *kjind* y *chjild* por 'kind' y 'child'; hay quien dice también *cjare* por 'care'; y algunos rústicos del oeste dicen *sceared* por 'scared', o *meare* por 'mare'; pero como nación hablamos con menos afectación. Pronunciamos nuestras vocales abierta y audazmente; en el habla por lo menos, hemos remendado las vocales diptongadas del sajón occidental y aun cuando las hemos mantenido a la vista como en *swear*... las hemos perdido al oído, porque aunque escribamos *swear*, pronunciamos como si fuera 'sware' (Dasent 1873, I 14).

Así se regocijaba de que "nuestros antepasados hablaban con boca viril". Sin embargo, para 1875, cuando preparaba su adaptación de *Jómsvíkinga saga*, los nuevos lingüistas científicos, alimentados en la nueva filología, se habrían asombrado ante tales afirmaciones; para ellos la lengua era sólo un sistema ar-

bitrario de signos que indicaban ciertos significados, sometidos a patrones de cambio lingüístico sin ningún nexo con el carácter de un pueblo o de un país. El rasgo claramente nórdico que Dasent había percibido en el habla inglesa, y que intentó sin mucho éxito imitar con sus arcaísmos nórdicos —sorprendentemente poco frecuentes— en *The Vikings of the Baltic*, no era sino una fantasía subjetiva; ‘virilidad’ y ‘afectación’ sólo residían en su cabeza. Dasent, el nuevo filólogo liberado, el amigo de los Grimm, había quedado atrapado en las implicaciones antes descuidadas de teorías que creía apoyar.

En segundo lugar, Dasent creía en una concepción evolucionista darwiniana de la historia lingüística: “En las lenguas como en las razas es la regla que el el más débil perezca” (Dasent 1873, I 4). De tal manera se explicaba la dominancia del inglés victoriano a mediados de siglo, la lengua que prometía llegar a la dominación lingüística global, juzgando por la dominación territorial y comercial que el imperio británico ya había ganado. August Schleicher, en *The Darwinian Theory and the Science of Language* (en la traducción de E. V. W. Dikker de 1869) iba más allá en sus afirmaciones:

En el periodo contemporáneo de la vida del hombre, los descendientes de la familia indogermánica son los conquistadores en la lucha por la existencia; están empeñados en una expansión continua y ya han sustituido o derrotado numerosas lenguas (Koerner 1983, 64).

Sin embargo, si la fuerza de la lengua y la conquista estaban asociadas con la excelencia lingüística, como pensaba Dasent, el desarrollo de la filología científica desafiaba también esta teoría: la lengua estaba, por su misma naturaleza, sujeta al cambio perpetuo —no había edad de oro de la lengua, nunca hubo ni nunca podría haber. Se suponía ahora que los cambios lingüísticos fueran neutralmente graduales, cuantitativos, no cualitativos. No se trataba tanto de una sobrevivencia darwiniana del más apto, como de una inmotivada evolución del más re-

ciente. Dasent sabía esto y su cabeza lo instaba a escribir en aprobación de las “ley[es] interna[s]” de la ‘progresión’ lingüística (Dasent 1873, I 335): “las lenguas, en tanto que están vivas [...], están siempre en un estado de cambio y de progreso” (ibid.). A pesar de eso, su corazón quedaba tercamente convencido de otra cosa.

Así que para mediados de los años sesenta, cuando Dasent había empezado a trabajar en *Jómsvíkinga saga*<sup>6</sup> (discute esto en su ensayo de 1865 “England and Norway in the Eleventh Century”, Dasent 1873, I, 216f.), Britannia mandaba sobre las olas, el imperio gobernaba el mundo, el inglés hubiera podido aspirar a ser la lengua del mundo, pero las certidumbres victorianas parecían de repente muy frágiles —de hecho había mucho que podía sugerir dislocación y disolución. Si Dasent hubiera decidido producir una traducción fiel de la saga, sus valores sólidos hubieran podido erguirse como bastión literario en contra de esa decadencia. Comencé el ensayo notando la ausencia relativa de imágenes de decadencia en la saga. Sin embargo Dasent no produjo una traducción fiel. Escogió en su lugar producir una adaptación novelesca en tres volúmenes, como si estuviera determinado en ganar para las sagas no sólo la estima que los estudiosos mostraron hacia sus traducciones precedentes, sino también el éxito popular haciéndolas más accesibles, como lo era la novela realista de mediados de siglo. A diferencia de sus traducciones de las sagas, *The Vikings of the Baltic* no tenía introducción, ni elaboradas ilustraciones, ni las numerosas notas, ni apéndices lingüísticos, ni nada de la parafernalia que los otros eruditos justamente permitieron a Dasent subtitular su traducción de *Brennu-Njáls saga* como “Vida en Islandia a finales del siglo X”. No es que Dasent hubiera perdido interés en recrear una vívida imagen tridimensional de las realidades

<sup>6</sup> Tan temprano como 1859, Dasent (1903, xxxvi-viii) discute el nexo entre Pálma-Tolkí —vía Saxo— con la leyenda de Guillermo Tell; la saga se discute en su ensayo en *North British Review* (1865), “England and Norway in the Eleventh Century” (Dasent 1873, I, 216 y ss.).

materiales de la vida vikinga cuando comenzó *Jómsvíkinga saga*; intentó más bien incorporar tal información en el texto de su adaptación. Si el esbozo de la saga hubiera podido parecerse al *roman*, la textura se orientaba sin duda hacia un contenido de mucha información. Después de todo, ésta era la época de Gerard Manley Hopkins y, a su manera, Dasent procuró proyectar su sentido de los paisajes interiores del mundo vikingo en *The Vikings of the Baltic*.

No se trataba sólo de cargas de información de anticuario lo que Dasent añadía a la secuencia narrativa. Intercalaba secciones de otras sagas (cf., la introducción de Hrapp el asesino de *Brennu-Njáls saga*; Dasent 1875, II 144 ss.), convertía las escenas de festines como debates formales y enfrentamientos sobre las oposiciones centrales de la vida vikinga —pescar contra pelear, mar contra ciudad, juventud contra vejez, familia contra familia. Sobre todo desarrolla el carácter de Björn inn brezki de su importancia marginal en el original hasta la figura cómica central de la novela. De esta manera, en mi opinión, Dasent injerta una dimensión distintivamente victoriana en la historia —el miedo a la disolución y a la degeneración— aunque expresados de manera (aparentemente) cómica, quizás con algún sentido de que hay aspectos de la vida tan serios que sólo es posible burlarse de ellos. La prominencia de la figura falstaffiana de Björn el galés asegura que el escepticismo y las inquietudes victorianas se expresan por completo y, a diferencia de Falstaff, Björn no es ni alejado ni callado completamente al final de la novela.

En sus apariciones ocasionales en la saga, Björn es el consejero del conde galés Stefnir. La hija de Stefnir, Áof, se casa con el fundador de los vikingos de Jónsborg, Pálna-Tóki. Cuando mueren primero Stefnir y luego Áof, Pálna-Tóki pone a Björn a cargo de Gales. Antes de que Pálna-Tóki muera, deja en herencia a su nieto Vagn la mitad de la tierra nativa de Björn. Björn y Vagn se convierten en vikingos de Jónsborg y se vuelven muy amigos; luchan juntos en Hjörungavágr, esca-

pan juntos, son capturados juntos y, como se mencionó, en la escena final de la saga se salvan mutuamente de la ejecución. Al final de la saga Vagn se casa con la hija del verdugo, mientras Björn regresa a Gales.

En la novela, Björn se vuelve una figura central, la voz coral de los valores vikingos tradicionales en una Jómsborg cuyo nuevo líder, Sigvaldi, muestra signos de comprometer su límpido código comportamental. Björn se vuelve la conciencia del viejo Jómsborg, siempre listo para recordar a sus compañeros el peligro de *niddering*, arcaísmo inglés de sonido nórdico resucitado por Dasent, que significa comportarse de manera vergonzosa. Para Sigvaldi, el código es como un lazo de cuero (Dasent 1875, I 19) que puede estirarse y sin embargo quedar tan fuerte como antes. Para Björn es como un pedazo de carbón, que al quitarle una astilla, todo el bloque se puede romper. El galés se aburre pronto de los banquetes de Jómsborg y anhela acción: “Echo de menos el zumbiar de las flechas en el aire y la rapidez de la lanza; para mí es más dulce el grito maullante del mar que el balido de las ovejas” (Dasent 1875, I 245). Jómsborg, para Björn, se ha ablandado; demasiados son los enfermos de cosas diferentes a heridas profundas o mortales, demasiadas son las peleas con piedras y lanzas que se lanzan en vez de las espadas que se blanden, demasiadas veces se cambian las camisas, demasiados baños, demasiados curas de los *wend* hospedados en Jómsborg,<sup>7</sup> muy poca sed de aventuras; había demasiada prosperidad, demasiados hombres con permiso de dormir fuera de la fortaleza por una semana; demasiados tienen amigos fuera de Jómsborg, cuando sus únicos amigos deberían ser sus jurados hermanos de armas. Demasiados consideraban Jómsborg como un hogar, sin embargo, como el joven Vagn ha aprendido de Björn, “un verdadero vikingo

<sup>7</sup> Dasent se había liberado mucho antes de la fuerza de los sermones universitarios de Newman y Pusey en la iglesia de St. Mary que tanto lo habían impresionado durante sus años en Oxford (Dasent 1859/1903, 8).

no tiene hogar; como el pájaro en el aire y el pez en el mar, su casa es dondequiera que se encuentren fama y botines" (Dasent 1875, I 154). La relación Björn/Vagn ocupa gran parte de la narración en la última parte de la historia, ya que Vagn gana la aprobación de Björn con varios actos de jactancia al estilo *útanferð*, como es el desafío a un oso de gran tamaño y el cortarle el hocico (Dasent 1875, I 106 s., otra importación textual<sup>8</sup> de *Víga-Glúms saga*, que Dasent había conocido mientras ayudaba a Sir Edmund Head durante su traducción de 1866).

Sobre todo, en todos lados se encuentra la misoginia de Björn, en comentarios gnómicos, en el ansia de aconsejar, en el refunfuño de cansancio hacia el mundo con lo que intenta defender el soporte del pacto de Jómsborg, sobre todo cuando su joven compañero Vagn muestra un interés persistente y preocupante hacia la bella Ingibjörg:

Nunca he entendido para que sirven las mujeres. ¿Por qué los hombres no pueden nacer como en los viejos tiempos, cuando una pierna del gigante Borr se frotó contra la otra y de allí salió un hombre? Pero desde que los hombres han nacido de las mujeres no ha habido sino lucha en el mundo (Dasent 1875, I, 247).

Para Björn, viudo desde que era joven, la decadencia de Jómsborg empieza cuando Sigvaldi quiere casarse y las repercusiones de este hecho son la manera principal de expresar el miedo a la degeneración vikinga en la novela:

El castillo se llenaría de mujeres que gritan y de niños que beorean. Los viejos tiempos vikingos acabaron, sabes; no puedes ensartar a un niño con una lanza hoy en día, o liberarte de él de esa manera. Todos pelearíamos. El castillo se llenaría de chismes y calumnias. Las mentiras nacerían así como los niños (Dasent 1875, I 14).

<sup>8</sup> Es inusualmente fácil evitar el feo, ubicuo y políticamente correcto término 'intertextual' tan querido por los ubicuos y políticamente correctos teóricos modernos de la literatura.

Este tema de la influencia en apariencia muy negativa de las mujeres sobre los vikingos de Jónsborg —su papel supuestamente crucial en la erosión del código— seguramente recuerda el eco de la visión victoriana igualmente apocalíptica de Guinevere en los *Idylls of the King* de Tennyson; las mujeres, se nos dice aquí, serán “la ruina de la hermandad”. El mismo Dasent estaba consciente de los paralelismos nórdico-arturianos: en su ensayo de 1863 sobre rey Magnús el Bueno de Noruega (*North British Review*), considera la compañía fiel alrededor del rey como fuera una hermandad de la tabla redonda:

Sighvat Skald equivaldría a Merlín, Sweyn al traidor Mordred. Harold era su Lancelot, pero la Guinevere que intentaba conquistar no era sino la bella tierra de Noruega; a pesar de que, a diferencia de la reina culpable, ella fue fiel a su rey y sólo se rindió con un suspiro a su pretendiente cuando la muerte cortó el lazo que la ataba a su primer amor (Dasent 1873, II 247).

La novela de Dasent no es una parábola superficial de degeneración con un final lóbrego, como los *Idylls*, sino que sigue la curvatura de su fuente para terminar felizmente o, por lo menos, justamente. Sin embargo, a diferencia de su fuente, la adaptación expresa la amenaza de disolución a lo largo de los tres volúmenes, y no queda absolutamente claro si el miedo a la disolución, las incertidumbres codificadas y las tensiones personificadas y desatadas por Björn, se resuelven confortablemente en las páginas finales de la novela. Se podría sostener que, bajo el orden y el optimismo superficial del final, los truenos de los disturbios no se han calmado. *Dover Beach* de Matthew Arnold acaba apuntando hacia “la llanura oscura” atrás de la “tierra de los sueños” que “no tiene ni felicidad, ni amor, ni luz/ni certidumbre, ni paz, ni alivio del dolor”. En esta ambiciosa construcción y defensa urgente de la tierra de los sueños de la cultura medieval vikinga de George Webbe Dasent se puede quizás identificar un deseo para certidumbres y ayuda intelectual que ya no se podían alcanzar en la Inglaterra victo-

riana. Tampoco son seguras y a la mano en su recreación novelesca de *The Vikings of the Baltic*.

Una última consideración lleva a Rudyard Kipling, que no era ajeno al entusiasmo victoriano para los vikingos, ya que había oído (de niño) al 'tío' William Morris contar historias de *Brennu-Njáls saga* y, más improbablemente, habiéndolo visto adoptar el papel terrible de Norna de la mente caprichosa en recreaciones caseras de escenas sacadas de la novela vikinga (entonces) justamente popular *The Pirate* de Walter Scott (Kipling 1937, 15-16). Kipling introduce a sus lectores la noción de un Nuzzur Wattu,<sup>9</sup> es decir, un encantamiento indio para evitar el mal; decir un Nuzzur Wattu equivale a expresar el miedo hacia algo de tal manera que el mismo acto de verbalizarlo lo haga inocuo. Puede ser que la figura cómica de Björn inn brezki represente el nervioso victoriano Nuzzur Wattu de Dasent, dirigido hacia un imperio y una civilización que habían reflejado el triunfo vikingo y que podrían todavía reflejar la tragedia vikinga y arturiana.

## Bibliografía

- Aarsleff, Hans. 1983. *The Study of Language in England 1780-1860*. Edición revisada. Minneapolis y Londres.
- Aðalgeir Kristjánsson. 1972. *Brynjólfur Pétursson: ævi og störf*. Reykjavík.
- Baring-Gould, Sabine. 1890. *Grettir the Outlaw: A Story of Iceland*. Londres.
- Blake, Norman, ed. 1962. *Jómsvíkinga saga*. Londres
- Browne, J. Ross. 1976. Helgi Magnússon, trad. *Íslandsferð J. Ross Browne 1862*. Reykjavík.
- [Clifford, Charles]. 1865. *Travels by 'Umbra'*. Edimburgo.
- Dasent, George Webbe, trad. 1842. *The Prose or Younger Edda*. Estocolmo.

<sup>9</sup> Debo esta idea al profesor Tom Shippey, mi colega en Leeds.

- , trad. 1843. *A Grammar of the Icelandic or Old Norse Tongue, translated from the Swedish of Erasmus Rask by George Webbe Dasent M.A.* Francfort.
- . 1858. "The Norsemen in Iceland", *Oxford Essays...1858*, pp. 165-214.
- . 1903. *Popular Tales from the Norse*. Primera edición 1859. Edimburgo.
- . 1861. *The Story of Burnt Njal; or Life in Iceland at the end of the Tenth Century*. 2 vols. Edimburgo.
- . 1866. *The Story of Gisli the Outlaw*. Edimburgo.
- . 1873. *Jest and Earnest: A Collection of Essays and Reviews*. 2 vols. Londres.
- . 1875. *The Vikings of the Baltic*. 3 vols. Londres.
- Dufferin, Lord. 1857. *Letters from High Latitudes*. Londres.
- Donaldson, J. W. 1850 *The New Cratylus*. Segunda ed. Londres.
- Dowling, Linda. 1986. *Language and Decadence in the Victorian Fin de Siècle*. Princeton, NJ.
- Farley, Frank E. 1903. *Scandinavian influence in the English Romantic Movement*. Cambridge, Mass.
- Guðbrandur Vigfússon y Powell, G. E. J. *An Icelandic Prose Reader*. Oxford.
- Head, Sir Edmund. 1866. *Viga-Glum's saga: the Story of Viga-Glum*. Londres y Edimburgo.
- HIB = *Hið íslenska bókmentafjelag, 1816-1916. Minningarrit alda-rafm'lisins 15 ágúst 1916*. Reykjavík.
- Kipling, Rudyard. 1937. *Something of Myself*. Londres.
- Koerner, Konrad, ed. 1983. *Linguistics and Evolutionary Theory: Three Essays*. Amsterdam.
- McTurk, Rory y Andrew Wawn. 1989. *Úr Döllum til Dala: Guðbrandur Vigfússon Centenary Essays*. Leeds Texts and Monographs, New Series 11.
- Omberg, Margaret. 1976. *Scandinavian Themes in English Poetry 1760-1800*. Uppsala.
- Schlegel, Friedrich. 1818. *Lectures on the History of Literature, Ancient and Modern*. 2 vols. Edimburgo. [trad. de J. G. Lockhart de *Geschichte der Alten und Neuen Literatur*, 1815].
- Schleicher, August. 1869. Trad. E. V. W. Dikker. *The Darwinian Theory and the Science of Language*. Londres.
- Wawn, Andrew. 1981. "John Thomas Stanley and Iceland: the sense and sensibility of an eighteenth century explorer", *Scandinavian Studies*, 53, pp. 52-76.

- . 1982. "Gunnlaugs saga ormstungu and the Theatre Royal Edinburgh: melodrama, mineralogy and Sir George Mackenzie", *Scandinavica*, 21, pp. 139-51.
- , ed. 1987. *The Iceland Journal of Henry Holland 1810*. Hakluyt Society, Segunda serie 168. Londres.
- . 1989. "The Enlightenment Traveller and the idea of Iceland: the Stanley expedition of 1789 reconsidered", *Scandinavica*, 28, pp. 5-16.
- . 1990. "Henry Sweet, Guðbrandur Vigfússon and 'runic lore'", *Henry Sweet Society for the History of Linguistic Ideas: Newsletter*, 15, pp. 4-9.
- . 1991. "The silk-clad Varangian: Þorleifur Repp and Færeyinga saga", *Saga-Book of the Viking Society*, 23, pp. 46-72.
- . 1991b. "The assistance of Icelanders to George Webbe Dasent", *Árbók Landsbókasafn Íslands: Árbók 1989*, Nyr flokkur 15, pp. 73-92.
- . 1991c. "The Anglo Man: Þorleifur Repp, philology and nineteenth-century Britain". *Studia Islandica* 49. Reykjavík.
- . 1992. "The spirit of 1892: Sagas, saga-steads and Victorian philology", *Saga-book of the Viking Society*, 24.